

Sami Moubayed

Bajo la bandera del terror

Un viaje a las entrañas de Dáesh



Sami Moubayed
Bajo la bandera del terror

Un viaje a las entrañas de Dáesh

Traducción de Juanjo Estrella

ediciones península

Título original: *Under the Black Flag*

© Sami Moubayed, 2015, 2016

Publicado de acuerdo con I.B. Tauris & Co Ltd, Londres.

La edición inglesa original de este libro se titula *Under the Black Flag: At the Frontier of the New Jihad* y ha sido publicada por I.B. Tauris & Co Ltd.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;

91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Primera edición: mayo de 2016

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2016

Ediciones Península,

Diagonal 662-664

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

Víctor Igual - fotocomposición

Romanyà-Valls - impresión

Depósito legal: B-6.415-2016

ISBN: 978-84-9942-514-6

ÍNDICE

Prefacio	11
1. Todos en pie por el califa	17
2. De caballeros a yihadistas	41
3. El resurgir islamista en Siria: 1982-2011	65
4. La aparición del Frente al Nusra	93
5. Los yihadistas de Irak	119
6. El nacimiento del ISIS	133
7. La casa de la sangre	163
8. Yihadistas extranjeros	201
9. La mujer en el ISIS	229
10. La próxima frontera del ISIS	251
Conclusión	271
Agradecimientos	277
Figuras clave	281
Notas	295
Índice analítico	309

TODOS EN PIE POR EL CALIFA

«Queda abolido el califato.» Con esas cuatro potentes palabras, el presidente laico de Turquía, Mustafá Kemal Atatürk abolió el último califato islámico oficial el 3 de marzo de 1924.¹ La controvertida decisión la anunciaba la Asamblea Nacional de Turquía cinco años después del hundimiento del Imperio Otomano hacia el final de la Primera Guerra Mundial. Parte de los deberes del califa, algunas de sus funciones y lo que quedaba de sus fondos se transfirieron al Parlamento turco. Atatürk explicó: «Debo aclarar que quienes busquen mantener a los musulmanes absortos en la ilusión del califato son enemigos de los musulmanes».² Nunca imaginó que exactamente noventa años más tarde el califato resucitaría en una ciudad polvorienta a orillas del Éufrates, 1.400 kilómetros al sur de Estambul.

El término «califa» significa, literalmente, «sucesor de Mahoma», el profeta del islam. Sobre el papel, el califa gobierna sobre un Estado soberano que comprende la comunidad musulmana global, conocida en árabe como la *uma*. Según los musulmanes suníes, el primero en ocupar ese cargo fue el vecino, amigo y compañero de confianza del Profeta, Abu Bakr al Sidiq en el año 632. La gente lo llamaba «Jalifat Rasul Alá» (Sucesor del Mensajero de Dios). El califa debía escogerse por consenso entre toda la comunidad musulmana. Los

musulmanes suníes afirman que el linaje del califa debe remontarse directamente hasta la poderosa tribu de los coraichitas de La Meca o hasta cualquiera de sus subramas, dado que La Meca es la cuna del islam. El propio Profeta pertenecía a la tribu coraichita de Banu Hashim. En cambio, la escuela hanaífí del islam considera que los nocoraichitas también pueden asumir el mando del califato, lo que explica que los sultanes otomanos llegaran a dirigir un imperio musulmán a pesar de que ninguno de ellos procediera de la aristocracia de La Meca. Los musulmanes chiíes, por su parte, creen que proceder de una familia notable de La Meca no basta para convertirse en califa. Los aspirantes potenciales han de descender, específicamente, de la *Ahl al Bayt* (la familia del Profeta). Ello explica por qué Abu Bakr al Bagdadi insiste en usar dos apellidos adicionales importantes cada vez que realiza una declaración o una aparición pública. Uno es «al Qurashi» (descendiente de los coraichitas), y el otro es «al Hasáni» (descendiente del nieto del Profeta, al Hasán ibn Ali). Los periodistas occidentales y los no musulmanes tienden a omitir esos dos títulos por cuestiones de brevedad, pero los medios de comunicación del ISIS nunca jamás se refieren a él si incluir ambas afiliaciones. Al Bagdadi quiere arrogarse la mayor legitimidad histórica, religiosa y popular posible; con todo, ello no debería verse como un intento de apaciguar ni a los chiíes ni a los suníes que se oponen a él.

CIMIENTOS IDEOLÓGICOS DEL CALIFATO

La piedra angular de la jurisprudencia islámica son los hadices del Profeta, una meticulosa recopilación de las palabras y acciones de Mahoma que, para todos los musulmanes, es segundo en importancia tras el Sagrado Corán. Se cita al Profeta, en referencia al resurgimiento del califato, con estas palabras:

El Profetazgo será hasta que Alá quiera que sea, y lo suprimirá cuando sea su voluntad, y entonces llegará un califato sobre el método profético, y será hasta que Alá quiera que sea, y lo suprimirá cuando sea su voluntad, y entonces habrá Reino inclemente hasta que Alá quiera que sea, y lo suprimirá cuando sea su voluntad, y entonces habrá Reino opresor, y será hasta que Alá quiera que sea, y lo suprimirá cuando sea su voluntad, y entonces habrá califato (una vez más).³

El respetado compilador de hadices Imam Muslim, en su *Sabih de Muslim*, cita las palabras del compañero del Profeta Abu Huraira: «No habrá Profeta después de mí. Habrá «jalifas» [califas], y sumarán muchos». Otra cita de los hadices pone en boca del Profeta:

Después de mí se harán cargo de vosotros dirigentes, donde el pío os gobernará píamente y el impío, impiamente, así que escuchadlos y obedecedlos en todo lo que se ajuste a la verdad (islam).

En el propio Corán, la palabra «califa» aparece en tres ocasiones. La primera de ellas, en la primera parte de la sura *al Baqara* (versículo 30), donde Dios identifica a Adán como su «jalifa» en la Tierra. La segunda, en la sura *Sad* (versículo 26), donde Dios se dirige al rey David llamándolo su «jalifa» en la Tierra y donde le recuerda sus obligaciones de gobernar con justicia. La tercera, en la sura *al Nur* (versículo 55):

A quienes de vosotros crean y obren bien, Dios les ha prometido que ha de hacerles sucesores en la tierra, como ya había hecho con sus antecesores. Y que ha de consolidar la religión que le plugo profesaran. Y que ha de trocar su temor en seguridad. Me servirán sin asociarme nada. Quienes, después de esto, no crean, éstos son los perversos.

Conviene destacar que, aunque el islam empieza con Mahoma, todas las referencias coránicas a un «califa» (el sucesor

de Dios en la Tierra), corresponden a la tradición abrahámica, preislámica. El Corán no menciona a sucesores del Profeta, o califas.

¿QUIÉN PUEDE SER CALIFA?

Además del linaje, las condiciones para poder convertirse en califa son bastante claras. El califa debe ser un hombre. A las mujeres no se les permite asumir el cargo. Se exige que el califa dirija a las masas durante la oración, y según la tradición coránica una mujer no puede hacerlo ni puede, de hecho, aparecer en una mezquita ocupada sólo por hombres. El califa debe saber mucho sobre el islam; debe ser justo, digno de confianza y de moral intachable. También debe ser físicamente apto, espiritual, valeroso y capaz de proteger a la *uma* contra sus enemigos.⁴ Tanto suníes como chiíes coinciden en que un califa es un mandatario temporal del que se espera que gobierne «con justicia» dentro de los límites de la sharía, la ley islámica. Aprueba leyes redactadas en su nombre por un jurista islámico, y los ciudadanos han de obedecerlas. Sin embargo, el califa nunca está por encima de la ley del Corán. Si incumple los preceptos coránicos, puede ser impugnado por un Consejo de la Shura (un pequeño grupo de hombres ilustrados que tienen por misión discutir sobre cuestiones de Estado y tomar decisiones en nombre de la nación musulmana). Un motivo que justificaría la impugnación del califa, por ejemplo, sería que no llamara a la oración a los musulmanes.

Tras la muerte del primer califa, Abu Bakr al Sidiq, en el año 634, Omar ibn al Jatab (que gobernó entre 634 y 644) fue elegido califa. Fue una figura excepcional en la historia del islam: sabio, justo, piadoso y políticamente agudo. Cuando Omar ibn al Jatab hablaba, sus palabras se convertían en leyes que se transmitían de generación en generación. También había sido un viejo amigo del Profeta, y padre de su esposa Haf-

sa. Para evitar la redundancia al expresar «Jalifat Jalifat Rasul Alá (sucesor del sucesor del Profeta), Omar ibn al Jatab adoptó el título de «Amir al Múminin» (comandante de los creyentes). Ése se convirtió tanto en su título como en el de sus dos sucesores, Utman ibn Afan (que gobernó entre 644-656) y Ali ibn Abi Talib (que gobernó entre 656-661). Los dos eran notables de La Meca que estaban casados con hijas del Profeta. Los primeros cuatro califas, según los hadices suníes, fueron elegidos por el Profeta para ir al cielo tras su muerte. Aquélla era una posición exclusiva a la que no tuvieron acceso ni los miembros de su familia, ni siquiera su amada primera esposa Jadiya, ni su hija Fátima, ni su esposa favorita, la adolescente Aisha. Con excepción de Abu Bakr al Sidiq (que gobernó entre 632 y 634) que murió de muerte natural a los sesenta y un años, los primeros califas fueron asesinados. Un persa apuñaló a Omar ibn al Jatab en una mezquita; a Utman ibn Afan le dieron muerte en su casa; y Ali ibn Abi Talib fue asesinado por un jariyí (un apóstata del islam). Los tres estaban rezando en el momento de su muerte. La historia de sus vidas constituye un punto clave para el mundo musulmán. Se trata de un relato que Abu Bakr al Bagdadi se sabe de memoria. Y no solamente lo ha memorizado, sino que cree que el suyo es el camino que el Estado Islámico y todas sus personalidades deberían seguir hoy, en el siglo XXI, y así es como le gustaría que fueran recordadas dentro de muchos años. Esos primeros cuatro califas son los modelos, los iconos, para cualquier buen musulmán, y al Bagdadi afirma seguir sus pasos.

Bajo el gobierno de los primeros tres califas, la capital del islam fue Medina, que alberga la tumba del Profeta en la Masjid al Nabawi (mezquita del Profeta). También había sido allí donde a Mahoma le fueron revelados los últimos versículos del Corán, desde el punto de vista cronológico. Durante el breve mandato del yerno del Profeta (Ali ibn Abi Talib, el cuarto califa), la capital musulmana se trasladó a Kufa, actualmente en Irak, unos 170 kilómetros al sur de Bagdad. Posteriormente, el

sucesor de Abi Talib, Muawiya ibn Abi Sufyan (Muawiya I, que gobernó entre 661 y 680), volvió a trasladar la capital, esta vez a Damasco, para impedir que los herederos de Ali ibn Abi Talib reclamaran para sí el califato. Sus hijos, Hasán ibn Ali y Husein ibn Ali, se habían proclamado los únicos y legítimos herederos de Mahoma, en tanto que parientes de sangre del Profeta, que era su abuelo. Muawiya I, por otra parte, descendía del linaje aristocrático de los Banu Umayya, del que proviene el nombre de la dinastía de los Omeya. Originalmente se negó a aceptar la nueva fe y rechazó al Profeta por considerarlo un charlatán. Se alzó en armas contra Mahoma, pero tras darse cuenta de que éste iba ganando, Muawiya I se convirtió al islam. Posteriormente casó a su hermana Ramla con el Profeta y se convirtió en recitador de los hadices.

Cuando se convirtió en califa, Muawiya I convenció al primer hijo de Ali ibn Abi Talib, Hasán ibn Ali, para que abandonara sus aspiraciones al califato. Después hizo historia al transformar el califato en una dinastía hereditaria, transmitiendo su puesto a su propio hijo, Yadiz. La crisis de sucesión se perpetuó de generación en generación. Yadiz, el hijo de Muawiya, asesinó a Husein, segundo hijo de Ali ibn Abi Talib, así como a toda su familia, en la batalla de Kerbala, cien kilómetros al suroeste de Bagdad. Para justificar sus actos, los Omeya recurrieron a la célebre afirmación del Profeta: «Si se ha prestado juramento de fidelidad a dos califas, mata al segundo». Decapitaron a Husein ibn Ali y enviaron la cabeza a modo de obsequio al palacio de Yadiz en Damasco. Ese mero hecho inflamó la división entre suníes y chiíes, que ha durado mil cuatrocientos años y sigue viva en la actualidad. La fe chií se fundamenta en la idea de que Ali ibn Abi Talib y su línea de sucesores, la línea sanguínea del Profeta, son los legítimos herederos del Profeta. Ellos creen que Muawiya y todos los califas siguientes del islam suní les robaron su herencia. Los chiíes aún conmemoran el martirio de Husein ibn Ali anualmente, con un ritual de diez días de duración conocido como «El duelo de Muha-

rram». Abu Bakr al Bagdadi creció escuchando los relatos de aquellas fechorías cometidas por los Omeya contra Ali ibn Abi Talib y su familia. Como muchos musulmanes suníes, no es muy partidario de la dinastía Omeya, y siente un gran respeto por Ali ibn Abi Talib, cuyo nombre lleva uno de los propios hijos de al Bagdadi. Otro de sus hijos se llama Hasán, como el hijo de Ali ibn Abi Talib.

Los Omeya, suníes, fueron la primera dinastía del islam. Crearon un imperio que creció rápidamente en territorios, incorporando el Cáucaso, Sind, el Magreb y la Península Ibérica, conocida como Al-Ándalus. En su momento álgido, el califato omeya cubría una extensión de 13,4 millones de kilómetros cuadrados. La caída de la dinastía Omeya a manos de los abasíes en el año 750 abrió la puerta a siglos de lucha en el mundo islámico, y de invasiones exteriores. Los abasíes, un clan que descendía del tío menor del Profeta, Abas ibn Abdul Mutalib, trasladaron el califato a Bagdad. Con todo, el periodo abasí vio el establecimiento de otros califatos en la Andalucía omeya y en El Cairo fatimí, así como la captura de Jerusalén y otros territorios musulmanes por parte de los cruzados. En 1258, los mogoles invadieron Bagdad y redujeron a escombros la joya de la corona del Imperio Abasí. El califato no tardó en refundarse en El Cairo, esta vez gobernado por los mamelucos, descendientes de esclavos turcos que habían servido en el ejército abasí hasta que, ellos mismos, fueron derrocados por los turcos otomanos a finales del siglo XVI. Posteriormente éstos trasladaron la capital una vez más, esta vez a Estambul, y desde allí se gobernó ininterrumpidamente el mundo musulmán hasta que Atatürk abolió el califato en 1924. Esos años tumultuosos para el mundo islámico, inmediatamente anteriores a la consolidación del Gobierno otomano, vieron el nacimiento de un erudito cuyas ideas reverberarían a través de los siglos e influirían en los radicales islamistas, desde los que vivieron en el periodo medieval hasta los actuales combatientes del ISIS: Ibn Taymiya.

PROFUNDAS RAÍCES HISTÓRICAS

Nacido en Jarán, en el extremo sur de la actual Turquía, Ibn Taymiya (1263-1328) fue educado por su padre, Shihab al Din, que era teólogo. Ibn Taymiya creció en la Damasco de los mamelucos escuchando los relatos aterradores sobre el sufrimiento humano en Bagdad a manos de los mogoles. Las ciudades habían sido en otro tiempo capitales de dos gloriosos imperios musulmanes, y sus destinos parecían inseparables. La razón de sus desgracias excesivas, según escribiría Ibn Taymiya más tarde, era que los musulmanes se habían apartado del verdadero significado del islam, y añadía que lo que ocurría no podía sorprender a nadie en el mundo musulmán. La corrupción moral y la decadencia social eran las causas que explicaban el castigo colectivo enviado por Dios al pueblo de Bagdad. En sus escritos afirmaba que el renacimiento sólo se conseguiría si los musulmanes regresaban a las primeras interpretaciones del Sagrado Corán y a la vida y la práctica de los *salaf* (primeros musulmanes). El saqueo de Bagdad por parte de los mogoles era justicia divina, aseguraba. En el mundo musulmán había algo que funcionaba espantosamente mal, y a menos que se abordara adecuadamente, de una vez por todas, más desastres recaerían pronto sobre los musulmanes de todo el mundo. Ibn Taymiya llamaba a una *yihad* santa para crear un Estado islámico gobernado por un califa, según la guía básica del Sagrado Corán:

Es obligado saber que la entidad encargada de gobernar sobre el pueblo (es decir, el jalifa) es uno de los mayores preceptos de la religión. De hecho, si no es por ella no se establece la religión. Ésta es la opinión de los *salaf* (primeros musulmanes).⁵

Sólo entonces la justicia prevalecería en el mundo musulmán. Las opiniones de Ibn Taymiya le granjearon una variada gama de enemigos poderosos. Los reyes y los sultanes lo des-

preciaban porque desafiaba su autoridad y los acusaba de ser débiles. Los sufíes, los cristianos, los chiíes y los alauitas lo detestaban porque Ibn Taymiya los consideraba a todos, en conjunto, agentes de potencias extranjeras e infieles que sólo merecían ser pasados a espada. Arremetía contra ellos y discutía con vehemencia con el Gobierno de juristas y teólogos de su época.⁶ Ibn Taymiya pasó quince años de su vida encarcelado en Damasco y El Cairo. Su última estancia en prisión fue en 1320, cuando emitió una fatua (decreto religioso) prohibiendo a los musulmanes visitar la tumba del Profeta en Medina. Las tumbas y las lápidas eran contrarias al islam, defendía; aquéllas eran costumbres cristianas, y reflejaban la atención por una vida material. Exigía que las autoridades demolieran la tumba del Profeta en la Masjid al Nabawi a fin de purificar la Tierra Santa. Sobre la cuestión de la yihad, Ibn Taymiya escribió: «Es en la yihad donde uno puede vivir y morir en la felicidad máxima, tanto en este mundo como en la otra vida. Abandonarla significa perder entera o parcialmente las dos clases de felicidad». Fieles a sus enseñanzas, sus discípulos tomaron las armas para luchar contra los invasores mogoles, que llegaron a las puertas de Damasco en 1330. Ibn Taymiya no vivió para verlos destruir la ciudad. Murió en ella en 1328, a la edad de sesenta y cinco años.

EL NACIMIENTO DEL WAHABISMO

Las ideas de Ibn Taymiya sobrevivieron largo tiempo a su muerte: las preservaron y las enseñaron eruditos de Damasco, El Cairo y Arabia. Éste había inspirado a dos figuras musulmanas fundamentales que, por sí mismas, ejercieron una gran influencia en las mayores transformaciones del islam suní. Mohamed ibn Abd al Wahab (1703-1792) y Mohamed ibn Saud (muerto en 1765) fueron los fundadores del wahabismo moderno que, a su vez, constituye el tronco de la teoría de ISIS.

Mohamed ibn Abd al Wahab detestaba todo y a todos los que no siguieran las interpretaciones ortodoxas del islam. Mohamed ibn Saud, gobernante de Riad que había seguido su carrera con gran interés, lo invitó a instalarse en Diriya, una pequeña localidad situada a las afueras. Los dos hombres compartían la misma visión del mundo en lo relativo al futuro del islam: los dos eran discípulos obedientes de Ibn Taymiya, y colaboraron estrechamente para expandir su poder y su influencia por la Península Arábiga y más allá de ella. Tanto Abd al Wahab como Ibn Saud se oponían al otomanismo y a todas las interpretaciones postmahometanas del islam. Excomulgaban a judíos, cristianos, chiíes y alauitas. El aspecto central del pensamiento wahabí es que sólo hay que adorar y amar a Alá. En su versión del islam no se permitían los ídolos, ni siquiera los Compañeros del Profeta. No se toleraban tumbas ni representaciones de formas humanas ni animales. No debía haber celebraciones religiosas, ni siquiera para conmemorar el nacimiento del Profeta.

En 1790, los dos hombres se habían apoderado de casi la totalidad de lo que hoy conocemos como Arabia Saudí, salvo de los enclaves de La Meca y Medina. Propagaban el temor y la obediencia por todo el desierto arábigo recurriendo a castigos brutales, como la amputación de pies y manos, y la decapitación. En ausencia de medios de comunicación de masas, las historias de sus brutales campañas se transmitían de generación en generación, en una modalidad espeluznante de relato oral. Al llegar a la ciudad santa chií de Kerbala (actualmente en Irak) en 1801, las fuerzas de Ibn Saud pasaron a chuchillo a 5.000 chiíes. Utmán bin Bashir al Najadi, historiador del primer Estado saudí y coetáneo de Ibn Saud y Abd al Wahab, escribió: «Tomamos Kerbala y masacramos. Tomamos a su gente como *sabaya* (botín y esclavos). Con el permiso de Alá, no nos disculparemos por lo que hemos hecho, y decimos a todos los *kufar* (no creyentes): “Recibiréis un trato similar”».7

EL WAHABISMO HOY

En 1812, los otomanos contraatacaron mediante su virrey de Egipto, el bajá Mehmet Ali, que en el invierno de 1818 ya había recuperado todo el territorio perdido en la Península Arábiga. Su hijo, el bajá Ibrahim arrestó al nieto de Ibn Saud y ordenó que lo deportaran a la capital imperial otomana, Estambul, donde fue interrogado y decapitado, con lo que se puso fin al primer reino de la dinastía Saud. Al inicio del siglo xx, uno de los nietos directos de Ibn Saud, Abdelaziz, insufló nueva vida al proyecto wahabí. El hundimiento del Imperio Otomano tras la Primera Guerra Mundial y su retirada del mundo árabe dejó un vacío de poder que permitió a Abdelaziz resucitar la Casa de Saud y lanzar una guerra agresiva contra las demás tribus de la Península Arábiga. Armado con su espada y rodeado de guerreros temerarios, inició una campaña militar para retomar ciudades y aldeas que en otro tiempo habían sido gobernadas por sus antepasados, apoderándose de todas ellas, una tras otra. En 1932, Abdelaziz creó el reino moderno de Arabia Saudí, que tomó su nombre de Ibn Saud y que fue gobernado, primero, por el propio Abdelaziz y, después, por sus hijos varones. A los descendientes de Abd al Wahab, conocidos actualmente como la familia «al Sheik», se les concedió el control de las instituciones espirituales y religiosas del reino, renovándose así la alianza de los fundadores. En el momento de redactar estas líneas, el descendiente de Abd al Wahab, Abdelaziz ibn Abdulá al-Sheik, es el Gran Muftí de Arabia Saudí, mientras que Salman, biznieto de Ibn Saud, es el séptimo rey de Arabia Saudí.

Gracias a Arabia Saudí, el wahabismo ha sobrevivido mucho más que sus artífices. Durante los últimos ochenta años, las obras de Abd al Wahab e Ibn Taymiya se han enseñado ampliamente en las instituciones educativas saudíes. El texto clásico de Abd al Wahab, *Al Taubid* («Monoteísmo»), es de lectura obligada en todas las escuelas estatales. Sus enseñanzas y escritos han ejercido una influencia profunda sobre generaciones de

saudíes y sobre todos los árabes que han vivido y trabajado en Arabia Saudí desde la década de 1970. Aunque extremadamente crítico con la Casa de Saud, Osama bin Laden, ciudadano saudí, también había recibido la influencia de las enseñanzas de Ibn Taymiya. Al menos en una ocasión, en 1996, Bin Laden rindió tributo al inspirador del wahabismo afirmando: «Los verdaderos creyentes instigarán a la *uma* contra sus enemigos, como hizo el ulema [sabio, doctor de la ley islámica] *salaf* Ibn Taymiya». ⁸ Propagar la fe con la espada, matar infieles y purificar el mundo islámico de ideas y estilos de vida foráneos son los elementos que constituyen el núcleo del wahabismo y la piedra de toque del pensamiento y la doctrina yihadistas. Se trata del modelo ideológico de todos los movimientos yihadistas suníes que han dominado los asuntos internacionales durante la última generación, es decir, de al Qaeda, el Frente al Nusra y el ISIS.

Todos estos grupos islámicos son discípulos leales de Ibn Taymiya. Cuando se les pide que justifiquen por qué matan a cristianos, por ejemplo, los miembros del ISIS citan las obras antiguas de Ibn Taymiya como los cimientos de su ideología. La conexión invisible entre el wahabismo de los siglos XVIII y XIX y el ISIS del siglo XXI no implica necesariamente que Arabia Saudí esté directamente detrás del auge de todo el yihadismo en el mundo de hoy. Aun así, los yihadistas contemporáneos son el resultado intelectual de una escuela de pensamiento fundada en el Desierto de Arabia en 1744. Dicha escuela halla terreno abonado en la psique del oficialismo saudí y en los libros de los teóricos de ese país. Sin el wahabismo no existiría Arabia Saudí, ni Estado Islámico, hoy, en Raqa, ni se hablaría de al Qaeda ni del ISIS.

La Arabia Saudí rica en petróleo lleva años vendiendo su propia versión del islam. Bajo el largo mandato del rey Fahd (que reinó entre 1982 y 2005), por ejemplo, Arabia Saudí financió 210 centros islámicos en todo el mundo, así como 1.500 mezquitas, 202 facultades islámicas y 2.000 escuelas. Todos ellos, desde Nigeria hasta Malasia, estaban llenos de

estudiosos y libros wahabíes. Las enseñanzas y la influencia saudíes se han propagado por lo largo y ancho del mundo, llegando a Bosnia, Chechenia, Londres, Canadá y Estados Unidos. Cuando el presidente de Argelia, Chadli Bendjedid, acudió a Riad en busca de dinero a principios de la década de 1980, los saudíes se lo dieron, pero también le enviaron un avión lleno de libros de Ibn Taymiya y Mohamed Abd al Wahab. En 2013, los saudíes destinaron 35.000 millones de dólares a escuelas en el sureste asiático, donde residen mil de los mil seiscientos millones de musulmanes que hay en todo el mundo.⁹ Con las opiniones wahabíes profundamente arraigadas en sus mentes y sus corazones, se calcula que entre 35.000 y 40.000 saudíes se desplazaron a Afganistán a finales de la década de 1980 para sumarse a la yihad.¹⁰

En 2007, Sutart Levey, subsecretario para Terrorismo e Inteligencia Financiera de Estados Unidos, responsable de controlar el tráfico de terroristas, en referencia a al Qaeda en declaraciones a la cadena ABC afirmó: «Si, chasqueando los dedos, pudiera cortar la financiación de un país, ése sería Arabia Saudí».¹¹ Y prosiguió asegurando que ni una sola de las personas identificadas por Estados Unidos como financiadoras del terrorismo había sido perseguida por Arabia Saudí. Según un cable hecho público por Wikileaks, la secretaria de Estado Hillary Clinton escribió en diciembre de 2009: «Arabia Saudí sigue siendo una base económica fundamental para al Qaeda [...] y otros grupos terroristas».¹² Los donantes saudíes fueron «la fuente más significativa de financiación de grupos terroristas suníes en todo el mundo», añadía.¹³

EL CALIFATO ENTRE 1924 Y 2014

El califato otomano que terminó en 1924 era un símbolo de la unidad y el poder islámicos. Durante la Primera Guerra Mundial, se redujo hasta convertirse en una autoridad religiosa semi-

simbólica de muy poco peso. A principios de la década de 1920 ya no quedaba nada de la pompa y el poder que confería el sultanato otomano, cuyo último representante fue Mehmet VI, conocido también por su nombre de nacimiento, Vahideddin. Su ejército había sido derrotado y su imperio estaba en ruinas. Su capital fue ocupada por las potencias occidentales tras la Gran Guerra (1914-1918). Después de haber inspirado un respeto profundo desde la España musulmana hasta la India, el califa derrotado debía, ahora, obedecer los dictados de Gran Bretaña y Francia. Tuvo que ceder partes de Anatolia, renunciar en su totalidad a Siria e Irak, y liberar sin condiciones a todos los prisioneros de guerra aliados. El califa se vio obligado a entregar el control del célebre ferrocarril, así como de las rutas de comunicación por telégrafo. El 17 de octubre de 1922, Mehmet VI abandonó su trono en Estambul; a bordo de un transatlántico británico se dirigió hacia Malta con la orden de no regresar jamás. Y, en efecto, no regresó, como tampoco regresó el califato del islam tal como el mundo lo había conocido.

Dos años después, en marzo de 1924, el presidente Mustafa Kemal Atatürk abolió oficialmente el califato. Algunos de sus asesores habían intentado disuadirlo sugiriendo que podía separarse del sultanato, y de ese modo mantenerse. Librarse de la autoridad divina del sultán era una cosa, pero abolir un título que en el pasado llevaron los Compañeros de Mahoma era otra bien distinta. Según su criterio, mantener el califato iría a favor de los intereses de la nueva república turca, pues uniría bajo su autoridad a los 15 millones de musulmanes del mundo.¹⁴ Sería, defendían, algo similar al Vaticano con respecto al catolicismo. Sin embargo, Atatürk, republicano y laico acérrimo, tenía planes diferentes para Turquía. La idea de un califato entraba en abierta contradicción con el republicanismo, creía él; eran dos cosas que, sencillamente, no podían combinarse. Según la nueva constitución, la fuente de la que emanaba la legislación era el pueblo turco, no el islam ni el califa. A los musulmanes de todo el mundo, antiguos súbditos

del califa, no les gustó la decisión de Atatürk. Muchos intentaron salvar el califato del hundimiento, aunque con escaso éxito. En 1919, por ejemplo, se creó en India el Movimiento Jalifato de India para dirigir el apoyo musulmán global contra Gran Bretaña, lo que atrajo hacia sus actos a importantes personalidades, entre ellas al Mahatma Gandhi. Se trató de un fenómeno efímero, que no tuvo continuidad, como no la tuvieron otras apuestas en favor del califato. En Damasco se estableció también un Movimiento Califato propiciado por el notable argelino Emir Said al Jazairi, pero hacia finales de la década de 1920 ya se había extinguido.

Un aspirante al califato era el rey Ahmed Fuad de Egipto, y otro Husein bin Ali, jerife de La Meca y comandante de un levantamiento árabe apoyado por los británicos contra el Imperio Otomano durante la Primera Guerra Mundial.¹⁵ Husein bin Ali se consideraba a sí mismo el sucesor natural del último califa otomano, Vahidudin. Apelaba a su árbol genealógico y afirmaba que su gran antepasado era el mismísimo profeta Mahoma, lo que lo convertía en el candidato ideal al puesto. Husein bin Ali anunció oficialmente sus aspiraciones al califato vacante el 11 de marzo de 1924, apenas dos semanas después de que hubiera sido abolido en Turquía.¹⁶ Un año después, su reino en el Hiyaz fue conquistado por Abdelaziz al Saud, y él, desterrado a Chipre. Sus pretensiones al califato se esfumaron con su muerte política. El 25 de marzo de 1924, el rey de Egipto convocó una conferencia panislámica para tratar sobre el futuro del califato. El objetivo era «unir a todos los musulmanes» bajo la autoridad del nuevo «califa por confirmar», y contaba con el aval de Al Azhar, la máxima autoridad religiosa de Egipto. Ambas iniciativas fracasaron.¹⁷

Sin embargo, el asunto no se olvidaría en absoluto durante el siglo siguiente. Los Hermanos Musulmanes, movimiento fundado en Egipto en 1928, pedían la reinstauración del califato. Su fundador y principal ideólogo, Hasán al Bana, declaró:

Vosotros [los Hermanos Musulmanes] no sois ni una organización benéfica ni un partido político ni una asociación local con unos propósitos estrictamente limitados. Más bien sois un nuevo espíritu que se abre paso hasta el corazón de esta nación. Amanece una nueva luz.¹⁸

Esa nueva luz sólo brillaría una vez que un Estado islámico se instituyera con firmeza por todo el mundo árabe y musulmán. Aunque al Bana no se refiriese mucho a ello, el objetivo final de la creación de un califato se hallaba en el núcleo de la ideología y los principios que lo guiaban. Según el *ijtihad* (discurso intelectual) de al Bana, el problema básico del mundo musulmán era la corrupción individual y la decadencia moral de la sociedad. Ambas cosas se percibían como consecuencia directa de los estilos de vida y las ideas occidentales traídas por los ocupantes extranjeros al mundo árabe. Por tanto, los musulmanes debían librarse no sólo de las formas físicas de la ocupación, sino también de las influencias occidentales que fueran contrarias a la moralidad y las conductas islámicas. «No hay renacimiento para una nación sin modales.» Lo primero era la liberación, y lo segundo la reforma y sólo entonces llegaría el momento de una forma de gobierno islámica. Hasán al Bana aseguraba que cuando el mundo musulmán se librara de los gobiernos coloniales, llegaría el momento de instaurar el Estado Islámico. Éste llevaría su misión «a toda la humanidad». Y añadía que «sin su instauración, todo musulmán viviría en pecado y sería responsable ante Alá por no haberlo hecho posible».¹⁹ Así justificaron los Hermanos Musulmanes Sirios su decisión de presentarse al Parlamento en la década de 1950, defendiendo que el púlpito de la cámara se usaría para hacer un llamamiento a favor de un Estado islámico.²⁰

Así pues, la demanda de un califato se encontraba profundamente arraigada en la retórica del islam político y en el interior de las sociedades musulmanas conservadoras desde el hundimiento del califato otomano. En 2007, por ejemplo, una

encuesta de Gallup reveló que el 71 por ciento de los encuestados de cuatro países musulmanes querían que las leyes islámicas de la sharía se aplicaran en todos los países musulmanes. Se trataba de individuos de distintos grupos de edad y extracción que procedían de Egipto, Marruecos, Pakistán e Indonesia. Además, el 65 por ciento quería la unidad de los Estados musulmanes bajo un califato, y el 74 por ciento prefería expulsar los valores occidentales de los países islámicos.²¹ Ese verano, 100.000 personas llenaron un gran estadio deportivo de Yakarta para «exigir la creación de un solo Estado que abarque todo el mundo musulmán».²² A mediados de 2006, Osama bin Laden llamó a Bagdad «la sede del califato».²³ No quedaba claro si se refería a la vieja dinastía abasí, o si era allí donde pretendía establecer la base del nuevo califato. Después de todo, los wahabíes sólo reconocen a cuatro califas en el islam y rechazan por completo a los que gobernaron Damasco y Bagdad con las dinastías omeya y abasí.

Aunque los líderes de al Qaeda creían en el califato, lo veían como una aspiración lejana que se usaba con finalidades propagandísticas y motivadoras. Preguntado por el periodista Robert Fisk bajo qué tipo de sistema le gustaría vivir, Osama bin Laden replicó, en una respuesta que se hizo bien conocida: «A todos los musulmanes les gustaría vivir bajo la sharía». No mencionó, propiamente, un califato. En 2001, Bin Laden afirmó que para todos los musulmanes era obligatorio establecer «un Estado Islámico que se rija por las leyes de Dios».²⁴ Tampoco entonces habló de «califato», y sólo empezó a usar el término con más frecuencia después de la ocupación de Irak de 2003. Abdullah Azzam, mentor de Osama bin Laden y líder de los islamistas afganos árabes entre 1979 y 1989, añadía que la yihad de hoy es «individualmente obligatoria para todo musulmán». La yihad debe darse, afirmaba, «hasta que la última porción de tierra islámica sea liberada de los Incredulos».²⁵ «Sólo entonces se alzará un califa para gobernar el Estado Islámico», añade. En 1982, Ayman al Zawahiri, mano derecha

de Osama bin Laden y sucesor suyo como líder global de al Qaeda, escribió que estaban surgiendo dos Estados islámicos: uno en Afganistán y otro en Chechenia. Ni una sola mención al califato.

A pesar de ello, la retórica del califato regresaba al discurso occidental. En 2006, el presidente de Estados Unidos George W. Bush mencionó el término «califato» en quince ocasiones, cuatro de ellas en el mismo discurso.²⁶ El vicepresidente Dick Cheney advirtió de que al Qaeda quería «volver a crear el viejo califato», mientras que el secretario de Defensa Donald Rumsfeld añadía que al Qaeda aspiraba a «establecer un califato», y no regímenes musulmanes corrientes.²⁷ Entretanto, el jefe del Estado Mayor del ejército británico, sir Richard Dannat, explicaba que hacía falta que las tropas británicas se desplegaran en Afganistán porque el objetivo a largo plazo de los islamistas era reinstaurar «el califato islámico histórico».²⁸ En agosto de 2011, el representante estadounidense Allen West añadió: «Esta llamada “Primavera Árabe” tiene menos que ver con un movimiento democrático y más con la fase inicial de la reinstauración de un califato islámico».²⁹ La obsesión occidental no era gratuita. Todo aquello se producía tras los atentados del 11-S, cuando el temor al islam aumentó como reacción a la amenaza terrorista de al Qaeda bajo el liderazgo de Bin Laden.

Poco después de obtener la victoria en las elecciones celebradas en Túnez tras la Primavera Árabe, el secretario general del partido islámico al Nada, Hamadi al Jabeli, afirmó: «Estamos en el Sexto Califato, si Dios quiere». Se refería a los cuatro califas *salaf* (Abu Bakr al Sidiq, Omar ibn al Jatab, Utman ibn Afan, Ali ibn Abi Talib) a los que sumaba un quinto, Omar bin Abdelaziz de la dinastía Omeya. El líder tunecino Rashid al Ganuchi añadió que un califato era la esperanza y el deseo de todos los musulmanes.³⁰ Preguntado en una ocasión por qué siete ejércitos no habían sido capaces de derrotar a Israel durante la guerra de 1948, el erudito sirio Sati al Husari res-

pondió que precisamente por eso, porque eran siete.³¹ Hacía falta un solo ejército, con un califa que gobernara el Estado Islámico. El dirigente de los Hermanos Musulmanes de Egipto, Mohamed Badie, fue más allá y afirmó que un Estado islámico gobernado por las leyes de la sharía y presidido por un califato era su meta última y la de su partido.³²

Han transcurrido noventa años desde la proclama de Atatürk hasta la aparición de un aspirante serio a «califa». Surgiendo de la oscuridad, Ibrahim Awad Ibrahim al Badri (alias Abu Bakr al Bagdadi), líder veterano de al Qaeda en Irak que había estado preso en la instalación penitenciaria estadounidense de Camp Bucca, en Irak, fue nombrado por ISIS nuevo califa del islam. En un vídeo de propaganda subido el 29 de junio de 2014, día cargado de significado religioso por ser el primer día del mes sagrado del Ramadán, el portavoz del ISIS, Taha Subhi Falaha (alias Abu Mohamed al Adnani) anunció la restauración del califato al mundo entero en un comunicado leído en árabe y traducido al inglés, al francés, al alemán y al ruso. Asimismo anunció que, a partir de ese momento, habría que llamar al ISIS «Estado Islámico» (IS), y que Abu Bakr al Bagdadi adoptaría el título de califa Ibrahim. Tras el anuncio de al Adnani, al Bagdadi reapareció, hablando en una mezquita de Mosul pocas semanas después de que la segunda mayor ciudad de Irak cayera en manos del ISIS. En su discurso, de veinte minutos, al Bagdadi, de cuarenta y tres años, tocado con su turbante, habló con voz fuerte, autoritaria, capturando las mentes de muchos en los mundos árabe y musulmán. Al anuncio siguieron celebraciones en ciudades y pueblos capturados por el ISIS. En el feudo sirio del Estado Islámico, la ciudad de Raqa, se organizó un gran desfile. Los combatientes del ISIS, todos uniformados, desfilaron montados en tanques de fabricación rusa arrebatados al ejército iraquí. Durante la exhibición llegó a mostrarse incluso un viejo misil Scud que el grupo se había llevado de unas instalaciones militares sirias. En el armazón habían escrito con alambicada caligrafía árabe

las palabras: «Estado Islámico de Irak y Levante». Las celebraciones se alargaron hasta altas horas de la madrugada: los combatientes de ISIS apostados en las esquinas, con sus *kalashnikov* al hombro, repartían caramelos a las alegres multitudes.

UN CALIFATO DECLARADO NULO Y SIN EFECTO

Cuando Abu Bakr al Bagdadi se autoproclamó califa, el portavoz del ISIS, Abu Mohamed al Adnani, lo describió como «un sueño que vive en las profundidades de todo creyente musulmán». ³³ Y añadió: «La legalidad de todos los emiratos, grupos, Estados y organizaciones queda anulada por la expansión de la autoridad del califa». ³⁴ Dicho de otro modo, con un solo edicto rechazaba a todos los demás grupos islámicos, los invalidaba. Aquella declaración fue fuertemente criticada por estudiosos islámicos de todo el mundo. La mayoría de ellos no criticaban el concepto en sí, sino a la persona que lo enunciaba. Antes de establecer el ISIS, Abu Bakr al Bagdadi había ascendido en las filas del Estado Islámico de Irak (ISI), pasando a dirigirlo en 2010 tras un breve periodo en una cárcel estadounidense en Irak. Se trataba en gran medida de una figura sombría cuyo nombre bien se mencionaba brevemente en las noticias, bien en las listas de los más buscados de Estados Unidos. Las derrotas militares que el ISIS había sufrido a manos de las tribus suníes iraquíes, conocidas como *sabauat* («despertares»), habían hecho recular a al Bagdadi y a su organización a medida que la Primavera Árabe empezaba a derrocar regímenes árabes de larga vida situados a la izquierda, la derecha y el centro.

Los Hermanos Musulmanes de Siria, en el exilio, afirmaban que el califato no podía asumirlo alguien que, política y religiosamente, era «un don nadie». Incluso los clérigos salafíes tenían poco bueno que decir sobre el ISIS. El predicador sirio afincado en Arabia Saudí, Adnan al Arur, lo consideraba

un «*jauariy* de la era moderna». En términos islámicos, se trata de un palabra que hace referencia a los musulmanes que se han desviado del islam mayoritario. El funcionario del Gobierno saudí Sale al Fauzan añadió que el ISIS es la creación de «sionistas y cruzados». ³⁵ Si bien la idea de que haya una mano israelí u occidental implicada en la creación del ISIS puede parecer descabellada, ese tipo de calificativos en boca del portavoz saudí indica los niveles de ponzoña que la mayoría de representantes tradicionales del orden islámico estaban dispuestos a lanzar contra ese advenedizo del ISIS. Muchos, incluido Abu Mohamed al Maqdisi, el que fuera mentor espiritual de Abu Musaab al Zarqawi (líder jordano de al Qaeda en Irak entre 2004 y 2006) comparten esa opinión. ³⁶

La crítica más dura de todas, sin duda, llegó de Abu Mohamed al Golani, el comandante del Frente al Nusra (la rama de al Qaeda en Siria) avalado por al Zawahiri, y en otro tiempo amigo íntimo y protegido de al Bagdadi. Éste había enviado al Golani poco después del inicio de la guerra en Siria, a fin de establecer una rama de ISIS en ese país. Sin embargo, al Golani se apartó de la organización de su mentor y estableció el Jabhat (Frente) al Nusra, con la bendición del líder de al Qaeda Ayman al Zawahiri. Escandalizado por el descaro de su examigo, al Golani anunció: «Abu Bakr es un usurpador. Aunque proclamara el califato mil veces, que nadie se engañe». Y añadió que el movimiento del ISIS «destruye el proyecto yihadista con el que la nación lleva soñando mil cuatrocientos años». ³⁷ En un comunicado emitido por el canal de televisión Al Jazeera, al Golani declaró que al Bagdadi «se equivocaba cuando anunció el Estado Islámico de Irak y Levante sin pedir permiso ni recibir consejo de nosotros y sin siquiera notificárnoslo». ³⁸ Cuando el líder de al Qaeda, Ayman al Zawahiri, desafió la pretensión de Abu Bakr al Bagdadi al califato, tampoco él se libró de la retórica incendiaria del ISIS. Al negarse a reconocer a éste como califa, el portavoz del Estado Islámico dijo de él:

Si es el sino de Dios que alguna vez poses un pie en el Estado Islámico, tienes que dar el *baya* a su líder y convertirte en uno de sus soldados, bajo la bandera de su emir, Abu Bakr al Bagdadi. [...] Eso te concierne a ti, O'Zauahiri, y a ti, O'Mullah Omar.³⁹

El 20 de septiembre de 2014, más de 120 clérigos suníes de la orden sufi firmaron una carta abierta dirigida a Abu Bakr al Bagdadi cuestionando sus interpretaciones del Sagrado Corán y de los hadices del Profeta. «Has malinterpretado el islam como religión de dureza, brutalidad, tortura y asesinato —manifestaban—. Es un mal inmenso, y una ofensa al islam, a los musulmanes y al mundo entero.»⁴⁰ El grupo fue acusado de instigar la *ftna* (sedición). El influyente teólogo egipcio afincado en Doha Yusuf al Qaradaui añadió: «La declaración emitida por el Estado Islámico no tiene vigencia según la sharía, y sus consecuencias serán graves para los suníes de Irak y para la revuelta en Siria».⁴¹ El título de califa, aclaraba, sólo puede ser concedido por toda la nación del islam, y no por un grupo o individuo específico.

Se han llevado a cabo otros intentos para desislamizar y «des-sunificar» ISIS. En Francia, miles de musulmanes se manifestaron en una mezquita para decir: «No en nuestro nombre». En Egipto, Dar al Ifta, la autoridad religiosa que tiene como misión emitir fatuas (dictados religiosos) llamó a dejar de llamar a ese grupo «Estado Islámico»; había que referirse a él como «Separatistas de al Qaeda en Irak y Siria» (QSI). En octubre de 2014, la sociedad islámica de Gran Bretaña, la Asociación de Musulmanes Británicos y la Asociación de Abogados Musulmanes propusieron acuñar el término «Estado In-Islámico». En la publicación *online Middle East Eye* circuló ampliamente un artículo en el que se afirmaba que, antes de bombardear el ISIS, el mundo debía reconocer que no son ni musulmanes ni suníes, para no estar permanentemente asociando los planes de terror de ese grupo con musulmanes inocentes de todo el mundo.

En el momento de redactar estas líneas, los medios de comunicación occidentales siguen esforzándose en explicar el extraño y creciente fenómeno del califato, y a menudo, erróneamente, describen a al Bagdadi como sucesor del primer califa del islam, Abu Bakr al Sidiq. Después de todo, fragmentos enteros del sermón de al Bagdadi en Mosul estaban extraídos de discursos de al Sidiq. Los periodistas occidentales que informaban de la noticia a una audiencia desinformada envolvían sus artículos con un apunte histórico, y afirmaban que el califato del islam se estableció tras la muerte del profeta Mahoma en el año 632 y que duró hasta 1924, año en que, tras la Primera Guerra Mundial, fue abolido por Kemal Atatürk. Intencionadamente o no, ese argumento erróneo implica que Abu Bakr al Bagdadi es el sucesor natural de Abu Bakr al Sidiq y de una línea de grandes hombres como Omar ibn al Jatab, Ali ibn Abi Talib, así como de sultanes otomanos como Solimán el Magnífico, Abdulmayid I, Murad I y Abdul Hamid II.

El ascenso a una posición preeminente de Abu Bakr al Bagdadi a mediados de 2014 fue facilitado por la ausencia de líderes carismáticos en la comunidad suní de todo el mundo árabe. En el siglo xx, el chiismo había encontrado a un gran líder en la figura de Ruholá Jomeini, la figura central de la Revolución de Irán de 1979. Él liberó a las comunidades chiíes de Irán y el mundo árabe de unos sentimientos de opresión y victimización; construyó un Estado fuerte en Irán, influyente más allá de sus fronteras; Ruholá Jomeini se convirtió en el *vali e-faquih* (guardián de la fe) del mundo chií. En su país le sucedió otra figura carismática, Ali Jamenei, al tiempo que otros líderes fuertes surgían en otras comunidades chiíes de la región, como Hasán Nasralá, de Hezbolá, en Líbano, y Abdul Malik al Houthi, de afiliación chií, en Yemen. En comparación, la guerra reciente ha dejado a Siria sin un solo líder unificador suní. No ha surgido ningún líder suní en Líbano desde el asesinato de Rafik al Hariri en 2005. No ha surgido ningún líder suní en Irak desde la ejecución de Sadam Husein en 2006.

Todas las figuras suníes que han aparecido desde entonces, desde el vicepresidente Tariq al Hashimi, en Irak, hasta el primer ministro Saad al Hariri, en Líbano, son apáticos, por no decir otra cosa. Y lo que es más importante, no existe ningún líder en el mundo suní que proclame un mensaje suní. Ninguno de los líderes laicos ha estado a la altura. Los musulmanes suníes de hoy están donde estaba el chiismo hace casi cuarenta años: se sienten débiles, sin líder, victimizados y abandonados. De modo que no es de extrañar que los más fervorosos y píos entre ellos estén buscando una solución suní distinta. Sienten que necesitan un califa. El presidente turco, Recep Tayyip Erdogan, ha intentado desempeñar el papel de líder suní, pero sus ambiciones políticas se han interpuesto en su camino. Al no ser árabe, siempre ha tenido una barrera lingüística y cultural con los musulmanes árabes. La Casa de Saud intentó ejercer el liderazgo suní en los mundos árabe y musulmán, pero su forma de islam radical wahabí siempre ha sido un obstáculo para su éxito, lo mismo que la longevidad de sus monarcas, que en todos los casos han reinado mucho más allá de la edad de jubilación. Dado que no procedían de los coraichitas y no estaban emparentados con el Profeta, no podían adoptar el título de «califas». Eso es lo que hace que Abu Bakr al Bagdadi y el fenómeno del ISIS sea tan importante: ellos llenan un vacío en el liderazgo de lo que en otro tiempo fue una *uma* («nación») que se extendía desde la costa atlántica hasta los confines de China, gobernada por un solo califa. Al Bagdadi no tenía por qué descender del clero para dirigir el mundo suní. Mientras los suníes mayoritarios siguieran sin líder y se sintieran victimizados, las acciones y las ideas de al Bagdadi seguirían calando, tal vez incluso más allá del tiempo de su vida, tal como veremos en el capítulo 5.